Ensayo vario



Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán: vidas paralelas

Juan Antonio Rosado

Proemio

Con la creación del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes en 1905, México goza por vez primera de una Secretaría de Estado dedicada exclusivamente a la educación. Alrededor de Justo Sierra —su fundador— crece una serie de jóvenes que desea rebasar la enseñanza positivista de la Preparatoria en pos de un espiritualismo laico. Lectores de Platón, Kant, Walter Pater, Nietzsche, Bergson y Boutroux, así como de la literatura española, estos jóvenes también son inspirados por un libro decisivo en la historia del pensamiento latinoamericano, el *Ariel* (1900), del uruguayo José Enrique Rodó, dedicado "a la Juventud de América", y cuya visión latinoamericanista es un elogio de la energía y la sensibilidad. Entre este cúmulo de nuevas promesas, de afinidades y diferencias; en medio de esta juventud heterogénea, que por un lado participa de los ideales reformistas del liberalismo y por otro mantiene una posición contradictoria frente al porfiriato, se asoman al conocimiento dos jóvenes tan semejantes como opuestos, sin los cuales resultaría difícil imaginar la literatura mexicana de los últimos lustros: Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán, futuros miembros del Ateneo de la Juventud, asociación que reunirá, en un país fundamentalmente católico y conservador, a decenas de intelectuales y artistas que consagrarán sus esfuerzos a los valores de la libertad artística y de la educación integral: científica, pero también humanística. Muchos de ellos no sólo dirigirán y participarán en la fundación de instituciones enriqueciendo la cultura mexicana, sino que también configurarán una idea de México y de su gente, así como el prurito de un país educado, deseo que se desarrolla y cobra asombrosos impulsos con Antonio Caso, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, así como Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán. Son estos dos últimos, sin embargo, quienes, a la par de su compromiso con la educación y la sociedad, a la par de su producción ensayística —que abarca diversos campos del conocimiento—, concebirán un formidable *corpus* artístico, cuyo rasgo común será la calidad de estilo.

Autores de obras cuya extensión es contrastante si pensamos en los 26 volúmenes de las *Obras completas* de Alfonso Reyes (sin contar la correspon-

dencia ni el diario) frente a los dos tomos, más alguno que otro escrito disperso, de Martín Luis Guzmán, estos artistas le otorgaron dimensiones distintas a nuestras letras. En ambos, la idea está casada con la forma. Y aunque amantes de la literatura inglesa —Reyes más cercano a Inglaterra; Guzmán a Estados Unidos—, su pasión por los libros se extiende a toda la cultura occidental y se conjuga con la pasión de escribir. Alfonso Reyes llegó a nombrarse "hijo menor de la palabra"; para Martín Luis Guzmán "la verdad literaria es la suprema verdad". Ambos —el primero en 1918; el segundo en 1954— fueron recibidos en la Academia Mexicana de la Lengua.[1] La precisión, la exactitud de su prosa los hace poseedores de una estética marcada por una voluntad sostenida de estilo: ellos saben que fondo es forma, y si bien jamás escribieron seriamente sobre el arte musical, es notorio su gran sentido del ritmo y su destreza en el manejo de los tonos, aspectos que envuelven al lector en una marea de imágenes y conceptos. Cuentos como los de *El plano oblicuo*, de Reyes, o los incluidos —si se les quiere leer como cuentos— en *El águila y la serpiente*, de Guzmán, son ya clásicos de la literatura mexicana, a pesar de su profunda diferencia temática y estilística.

Los años de formación

Nacida en 1868 a instancias de Gabino Barreda, la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) constituyó el primer gran intento por educar a los futuros ciudadanos eliminando el monopolio de las conciencias que ejercía la Iglesia católica. Las Leyes de Reforma y todo lo que éstas implican en el desarrollo del país constituyen uno de los ejes conductores en la vida y obra de muchos alumnos de la ENP. Martín Luis Guzmán, por ejemplo, ya desde niño —antes incluso de que, a los once años, en un colegio veracruzano, concibiera sus primeros pasos literarios al distribuir, con un condiscípulo, una hoja quincenal titulada *La juventud*— se propuso como una de sus grandes finalidades en la vida "ser un gran liberal". En 1904, al "reclutarse" en la ENP —un año antes de que lo hiciera Alfonso Reyes—, este propósito se acentúa y cobra nuevos bríos.

Es justamente en 1905 cuando Guzmán y Reyes se conocen. Uno es chihuahueño (Guzmán); el otro, regiomontano (Reyes). El primero tardará en descubrir su vocación de escritor; el segundo, la trae consigo acaso desde su nacimiento, o por lo menos desde la época preparatoriana. Reyes es dos años

[1] El 19 de febrero de 1954 Guzmán fue aceptado como individuo de número en la Academia Mexicana de la Lengua. El escritor propugnó por la autonomía de dicha institución con respecto de la española.

menor que Guzmán, pero se da a conocer mucho antes con sus escritos. El 28 de noviembre de 1905, en *El Espectador*, de Monterrey, Alfonso publica sus primeros versos (tres sonetos titulados "La Duda"), que omitirá, por cierto, en sus *Obras completas*. A pesar de que Reyes empezó escribiendo poesía, fue hasta 1922 cuando publicó, bajo el sello de Andrés Botas e Hijos, su primer poemario, titulado *Huellas*, y en cuyo prólogo reafirma su vocación con estas palabras: "Yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin: según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos. Voy de prisa. La noche me aguarda, y está inquieta".

Puede afirmarse que Alfonso Reyes trajo consigo una energía creativa, tanto literaria como académica, que se fue desplegando con un ímpetu siempre juvenil a lo largo de su vida. ¿Qué ansia más grande de saber que la contenida en esta frase, que Reyes gustaba de citar: "todo lo sabemos entre todos?" ¿Y qué ansia más intensa de elevar su vida hasta la altura de sus ideales, en esta otra —tomada de la *Epístola moral* (a Fabio), del siglo XVII—, que Reyes también hizo suya: "Iguala con la vida el pensamiento", frase que invita al equilibrio, a la unidad de lo que se piensa y lo que se hace?[2]

Tal vez por todo lo anterior no haya materia cultural relevante que desde la época preparatoriana y hasta 1959 —el año de su muerte— no haya tratado de alguna u otra forma este autor universal: él fue, a diferencia de Guzmán y a imitación de uno de sus modelos literarios (Johann Wolfgang Goethe), un hombre fáustico, deseoso de transgredir sus límites y acceder a lo ilimitado: un auténtico erudito y polígrafo en la amplia acepción del término. Como Fausto, prefirió abrirse hacia lo infinito: tal es la personalidad de Reyes, un hombre enciclopédico que busca la infinitud del saber, pero que, al mismo tiempo —como acertadamente lo ha expresado Adolfo Castañón—, renuncia en cierto sentido a la lucha contra el demonio:

> La esterilidad —advierte Castañón—, el silencio, la fascinación por el abismo del miedo y la duda, la desesperación brillan por su ausencia en Reyes. Parecería que nunca se dejó envolver por la oscuridad y vivió y escribió y durmió con la luz de la palabra siempre encendida en la bóveda subterránea del escritor.

En 1907, a sus 18 años, el camino estaba ya trazado. Ante el público de una velada literaria para celebrar el aniversario de la Sociedad de Alumnos

[2] El eminente erudito Dámaso Alonso, en su libro *Dos españoles del siglo de oro* (1960), atribuye la *Epístola moral*, escrita poco antes de 1613, al poeta Andrés Fernández de Andrada. Alfonso Reyes, quien, como muchos otros, la atribuye a un poeta anónimo sevillano, no conoció el libro de Alonso.

de la Escuela Nacional Preparatoria, con la presencia de Justo Sierra y el director Porfirio Parra, el alumno Reyes pronunció su "Alocución", en la que hizo suya la divisa goethiana: "el objeto de la vida es la propia cultura". La "Alocución", que constituye su primer texto en prosa, fue pronunciada ante los preparatorianos y los dueños de una institución eminentemente positivista, que le daba preponderancia a las ciencias exactas, a la *materia*. Digno alumno de don Justo Sierra, Alfonso Reyes propone la armonía entre el espíritu y la materia: "El equilibrio entre lo material y lo espiritual se impone como ley de la naturaleza". Se trata de un discurso reflexivo donde su autor hace una apología de la risa riéndose de los "científicos" del positivismo: "Y yo, con perdón de las personas graves que quisieran reducir la conducta a fórmulas algebraicas, creo que la juventud necesita reír. Ello es necesidad higiénica". Muchos años después, en 1943, Guzmán publicó un artículo sobre Reyes, titulado sintomáticamente "La sonrisa como actitud". Allí hablaba de los orígenes del poeta y de su sentido lúdico de la vida.

Ecléctico en una época de franca decadencia del positivismo, el joven Martín Luis tampoco se cubre con las cobijas del positivismo de Augusto Comte. Toma de esta doctrina no la filosofía, pero sí "el estudio de las ciencias en la escala comtiana y la actitud varonil de la inteligencia", que lo ayudaron a desarrollar un estilo claro, sobrio, conciso.

Entre otros hallazgos de Reyes y sus compañeros de la preparatoria —incluido, por supuesto, Martín Luis—, sobresalen algunos números de la "Biblioteca Económica Filosófica", publicada por Antonio Zozaya, colección que convertía a la filosofía en algo accesible tanto a los estudiantes como a quienes no tenían mucho dinero. Reyes evoca esa época con nostalgia y aclara que en la Sociedad de Alumnos de la Preparatoria solía leer los diálogos platónicos en esos librillos. Esto constituye un claro antecedente no sólo de la famosa lectura en común del *Banquete* que harán Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, el arquitecto Jesús T. Acevedo y otros, en el taller de este último, en la calle de Plateros, sino también de lo que después será la "afición de Grecia" que, según Reyes, caracterizará —entre otras actitudes— al Ateneo de la Juventud.

La revolución cultural

El 7 de enero de 1906 llega al puerto de Veracruz otro futuro ateneísta: Pedro Henríquez Ureña, que ya había publicado, en La Habana, sus *Ensayos críticos* (1905). En Veracruz elabora reseñas de libros y notas editoriales. Para el 21 de abril ya está en la capital. Dos días después, inicia su trabajo en el periódico oficialista *El Imparcial*, donde permanece hasta mediados de 1907. Es la

época en que José Enrique Rodó autoriza la publicación de su *Ariel*, en Monterrey. Allí gobernaba el general Bernardo Reyes, quien, a instancias de su hijo Alfonso y del mismo Henríquez Ureña, financiará la edición. Más tarde, el dominicano colaborará en la inconclusa *Antología del Centenario*, una muestra de lo mejor de la literatura mexicana desde la Independencia.

Hubo algunos sucesos que influyeron en la formacion de lo que será la Sociedad de Conferencias y más tarde el Ateneo de la Juventud. Tal vez uno de los más importantes fue la fundación, por Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón, de la revista *Savia Moderna* (1906). Plural y cosmopolita, este órgano postuló en sus cinco números que "El arte es vasto, dentro de él cabremos todos". Se vivía el crepúsculo del modernismo y la paulatina afirmación de nuevas libertades estéticas. La redacción de este vástago de la *Revista Moderna* se ubicaba en el quinto piso de un edificio en la esquina noroeste de la avenida 5 de Mayo y la calle Bolívar. Era el lugar de reunión y estudio de pintura de Diego Rivera (otro futuro ateneísta). Pronto, el secretario de redacción, José María Sierra, fue retirado, y en los números 4 y 5 aparece Pedro Herníquez Ureña. En las páginas de *Savia Moderna* se manifiesta un particular interés por las artes plásticas, que llevará al grupo a realizar una exposición a mediados de 1906. En una época en que tales actividades en México eran poco frecuentes, debe resaltarse la labor de estos artistas, que organizaron y auspiciaron una exposición donde por primera vez se conocieron las obras de Francisco de Torre, Rafael Ponce de León y Diego Rivera, y donde también se presentaron Saturnino Herrán y Joaquín Clausell. El animador fue Gerardo Murillo (Dr. Atl), recién llegado de Europa. Alfonso Reyes comentará que esta exposición, en pocos meses, provocó la efervescencia del impresionismo. Pero *Savia Moderna* le dio también especial importancia a las letras. Allí Reyes publicó su poema "Mercenario", donde el yo lírico, tras haber desafiado a "las iras de la Parca" para vender sus servicios a las "guerras orientales" y a un "magnífico Monarca", concluye que en su hogar se halla el "fuego consagrado" y su reino en la mujer que lo espera: ¿acaso una premonición de su futura carrera de funcionario, antes de su regreso al hogar —a México— para instalarse definitivamente en el reino de las letras? Es casi inevitable, al recordar ese poema, la asociación con los siguientes versos de la ya mencionada *Epístola moral*, de Fernández de Andrada:

> ¿Piensas acaso tú que fue criado
> el varón para el rayo de la guerra,
> para surcar el piélago salado,
>
> para medir el orbe de la tierra
> o el cerco por do el sol siempre camina?
> ¡Oh, quien así lo piensa, cuánto yerra!

Al año siguiente de la efímera aparición de *Savia Moderna*, tuvo lugar un fenómeno decisivo para la cultura mexicana: la manifestación en honor de Manuel Gutiérrez Nájera y en contra del periodista Manuel Caballero. Sostiene Alfonso Reyes, en *Pasado inmediato*, que un "oscuro aficionado quiso resucitar la *Revista Azul*, de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos". Ya antes, en el número 9 de la revista *Nosotros* (marzo de 1914), en un ensayo titulado precisamente "Nosotros", Reyes se había referido a la "bastarda empresa" de un "mentecato" que pretendió resucitar la *Revista Azul*. Carlos Díaz Dufoo, en efecto, había vendido los derechos de *Azul* (1894-1896) —que fundara con Gutiérrez Nájera— al periodista Manuel Caballero. Así aparece la llamada "segunda época" de este órgano.[3] A raíz de esto, gran parte de los jóvenes intelectuales se molestan y Henríquez Ureña propone realizar una protesta literaria contra el "mercantilista" que "profanaba" el nombre del Duque Job y el prestigio de la antigua revista. Los jóvenes, cuyo aliado principal fue nada menos que Justo Sierra, cobraron mayor fama y poder cultural. Su "Protesta Literaria", del 7 de abril de 1907, se publicó en forma de volante y en algunos periódicos. Entre los firmantes aparece Alfonso Reyes. Hubo, por supuesto, contraprotestas, lo que hizo surgir la primera gran polémica literaria en el México del siglo XX, polémica en que se discutieron formas distintas de entender la poesía: la juventud eminentemente urbana y cosmopolita, heredera del modernismo y de un discurso público aliado a Justo Sierra, contra una serie de poetas y escritores especialmente de provincia (sobre todo de Puebla y Aguascalientes), que, como afirma Guillermo Sheridan, se levantaron tanto contra el decadentismo y el modernismo literarios, como contra el centralismo cultural de la metrópoli. Entre los colaboradores y defensores de Manuel Caballero, cabe citar a José López Portillo y Rojas, Emilio Rabasa, el antimodernista Victoriano Salado Álvarez, el poeta Ramón López Velarde, Enrique Fernández Ledesma y Rafael Cabrera. En esta importante polémica no sólo fue de primer orden el aspecto político (o la "política literaria"), sino también, como lo resalta Leonardo Martínez Carrizales en su libro *La gracia pública de las letras,* los aspectos estilísticos:

> Lo que entonces se disputó —dice Martínez— no sólo fue una cuota de participación en la administración de los bienes culturales del país, sino la postulación y la valoración de estilos, estéticas, tradiciones culturales e históricas que desempeñaban un papel en los diversos lenguajes literarios en pugna.

[3] Existe una edición facsimilar de esta publicación: *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda* Revista Azul. Ed. facsimilar, índice, estudio introductorio y apéndices de Fernando Curiel. México, UNAM, 1996.

Y fue justamente la poesía uno de los terrenos predilectos en este conflicto.

Tampoco es casual que después de esta encarnizada lucha, en el mismo año de 1907, el arquitecto Jesús T. Acevedo —promotor de la arquitectura nacionalista— haya fundado la Sociedad de Conferencias, que dos años después se transformaría en el Ateneo de la Juventud, asociación civil que indudablemente le dará un viraje a la educación y sentará tanto las bases culturales del siglo XX en México, como las bases literarias que cobrarán prestigio y le otorgarán un carácter universal a las letras de nuestro país: el prurito por la libertad, el culto a la forma y el cosmopolitismo.

Para comprender la revolución educativa, debe tomarse en cuenta que los programas de la preparatoria incluían las ciencias "exactas", pero las humanidades habían sido casi totalmente eliminadas. Será gracias a Justo Sierra y a los ateneístas que estas disciplinas se reivindicarán y cobrarán nuevos impulsos. A pesar de esto y comprendiendo la aportación de Gabino Barreda, en 1908 se hará una manifestación en su memoria, emprendida a causa de los ataques conservadores contra la preparatoria y su laicismo educativo. La junta organizadora —con apoyo de Sierra— estuvo constituida por algunos futuros ateneístas. Dicha manifestación fue calificada por Reyes como "la primera señal de una conciencia pública emancipada del régimen".

Pero ésa no fue la única manifestación de una juventud inquieta. Al acercarse el 15 de septiembre, los jóvenes desean, con discursos y una procesión de antorchas, rendirle culto a los héroes de la Independencia. La Sociedad de Alumnos de las Escuelas del Distrito Federal decidió organizar una manifestación. Justo Sierra comunica este deseo a Porfirio Díaz. El dictador hace llamar a los estudiantes, entre ellos a Martín Luis Guzmán, quien cita las palabras del autócrata: "Muy bien; hagan su desfile y digan sus discursos; pero tengan cuidado, mucho cuidado; porque hay en este pueblo atavismos dormidos que, si alguna vez despiertan, no surgirá ya quien sepa someterlos". El futuro autor de *La sombra del caudillo* siente en las palabras de Díaz una advertencia y una premonición de la futura violencia social. Aun así, la procesión se realiza. Martín Luis pronuncia un discurso sobre Morelos, que el arquitecto Acevedo escucha, gracias a lo cual presentará a Martín con los ateneístas.

La política no estaba de ningún modo disociada de la cultura, y menos si pensamos en figuras como Vasconcelos, Reyes o Guzmán. En esa época Martín Luis tomó una postura en favor de la vicepresidencia de Ramón Corral. Al parecer, fue incluido sin su consentimiento en la Comisión de Propaganda del Club Reeleccionista. Él no fue el único corralista entre los condiscípulos de Alfonso: casi todos lo eran. Julio Torri y Mariano Silva y Aceves llegaron a proclamarse "reyistas" y en ese sentido eran excepciones. Es interesante notar que Alfonso estaba comprometido con la política quizá más de lo

que lo estaría en años posteriores e incluso, con el seudónimo de Teodoro Malio, colaboró en el órgano *El anti-reeleccionista*, que llegó a dirigir Vasconcelos. Lo que aquí debe resaltarse es que Guzmán se distanció un tanto de Alfonso Reyes, promotor de su padre. Más de dos años después, en una carta fechada el 4 de marzo de 1913, Guzmán confiesa a don Alfonso que su corralismo fue "inofensivo y estúpido".

En medio de esta efervescencia política, el Ateneo de la Juventud fue fundado el 28 de octubre de 1909 y presidido por el porfirista Antonio Caso durante su primer año. Con el fin de celebrar el centenario de la Independencia, la asociación preparó una serie de conferencias sobre la obra de pensadores y literatos latinoamericanos. La de Reyes —uno de los fundadores del Ateneo— se tituló "Los *Poemas Rústicos* de Manuel José Othón". En un texto casi desconocido, titulado "El secreto del Ateneo", José Vasconcelos se refiere al grupo en estos términos:

> Nunca hubo un grupo literario de tendencias más heterogéneas que el Ateneo. Bastaría con leer lo único que se publicó y se presentó como obra de grupo: las Conferencias del Ateneo, para convencerse de que cada uno de los asociados era distinto radicalmente del otro. Sin embargo, hubo un elemento común a las actividades del grupo; consistió en que, cada uno a su manera, colaboró para transformar el ambiente espiritual de la época; cada uno provocó inquietudes, provocó actividades de carácter social, en una palabra, dejó huella en su ambiente.

Guzmán ingresó a esta asociación a finales de 1910. Justo Sierra acababa de crear la Escuela de Altos Estudios, que se incorpora a la también recién fundada Universidad Nacional, y en la que Reyes impartiría la cátedra de Historia de la lengua y la literatura españolas, en 1913. Al contrario de Reyes, Martín Luis Guzmán, conocido por sus amigos como "Estrella de Oriente", fue ocasional y distante —Henríquez Ureña lo llama "cuasiateneísta". Aunque Martín Luis no aportó gran cosa al grupo, aprendió y conservó sus rasgos: la seriedad, el humanismo, el rigor en el trabajo, la depuración de la escritura, la universalidad, pero, sobre todo, el convencimiento de que la base de una sociedad justa es la educación y la renovación moral de la clase dirigente.

El 25 de septiembre de 1912, a instancia de su nuevo presidente (José Vasconcelos), el grupo se reorganiza como Ateneo de México, cuyo objetivo fue "trabajar en pro de la cultura intelectual y artística". Ese año surge la ya mencionada revista *Nosotros*, que Reyes califica como "el momento literario en México". Tanto Reyes como Guzmán colaboraron en esta publicación: el primero, con tres ensayos, uno de los cuales, "Nosotros", es una mirada a su generación; el segundo, con sus *Viajes de Puck* ("La vida atlética", "Crítica reservada" y "Artificio"), textos que don Alfonso calificará como "sutiles estragos de Martín Luis".

Un acontecimiento más importante aún tuvo lugar el 13 de diciembre de 1912, cuando los miembros del Ateneo fundan la Universidad Popular Mexicana. Su escudo contenía una frase de Sierra: "La Ciencia protege a la Patria". Alberto J. Pani, junto con Guzmán y Alfonso Pruneda, redactó el programa de esta institución, cuyo primer rector fue Pani, a su vez sustituido por Pruneda en 1914. Además, tuvo dos secretarios de la Junta de Gobierno: Martín Luis Guzmán (1912-1917) y Vicente Lombardo Toledano (1917-1922), éste último miembro del llamado grupo de los Siete Sabios, discípulos de los ateneístas. En *Pasado inmediato*, Reyes define la Universidad Popular como una "escuadra volante" que busca al pueblo para llevar el conocimiento a quienes no tenían dinero o tiempo para asistir a la escuela.

Es verdad que el Ateneo pretendió reformar el presente practicando un culto al pasado: el abandono del positivismo en pro de un nuevo espiritualismo, de un nuevo humanismo. No obstante, reformar el presente es también pensar en el futuro o, mejor dicho, *para* el futuro. Es en este sentido que puede hablarse de una "revolución cultural" para referirse al Ateneo. Henríquez Ureña hace hincapié en esta renovación en una carta a Reyes, fechada el 29 de octubre de 1913:

> Don Justo [Sierra] ya se refirió a las nuevas doctrinas filosóficas, que apenas habían comenzado a mencionarse en nuestras conferencias. En 1907, junto con el estudio de Grecia, surgió el estudio de la filosofía y la destrucción del positivismo. [Ricardo] Gómez Robelo ya la hacía, basándose en Schopenhauer; [Rubén] Valenti, basándose en libros italianos; [Antonio] Caso y yo emprendimos la lectura de Bergson, y de James, y de Boutroux. De ahí data la renovación filosófica de México, que ahora es apoyada por otros.

Quizá Reyes fue el único del grupo que siguió siendo ateneísta hasta su muerte. Tan es así que casi al final de su vida hizo explícito el compromiso con su generación. El 10 de enero de 1959 escribe, pensando en su libro *Pasado inmediato*: "he sido el único que se atrevió a hacer un examen de nuestra llamada 'Generación del Centenario', y mis palabras han quedado firmes, y todavía se las cita y repite cuando se habla de ese momento, hasta en nuestros manuales de historia literaria".

Estrella de Oriente

Es de gran interés para nuestro tema uno de los cuentos de *El plano oblicuo*: "Estrella de Oriente", escrito en 1913. El título hace alusión al apodo de Guzmán durante los años preparatorianos y del Ateneo, del mismo modo

que “Euforión” era el apodo de Reyes, “Rodión” el de Ricardo Gómez Robelo y “Sócrates” el de Pedro Henríquez Ureña.

En 1908, Guzmán estaba alejado de todos ellos. Participaba en la redacción de *El imparcial*. En realidad —como afirma don Alfonso—, durante las épocas ateneístas Guzmán era todavía un escritor *en potencia*. Esto se puede constatar en una carta de Henríquez Ureña a Reyes, en la que habla del segundo ciclo —próximo a realizarse— de la Sociedad de Conferencias: “Me han encomendado que tantee al único joven que aparece por el horizonte, *id est.*, Martín Guzmán; lo haré, a ver si es posible que en un mes y con una influencia ordenadora haga algo presentable”. Pero Guzmán no hizo nada.

Un día de agosto de 1909, Martín Luis desaparece del país, justo unas semanas después de casarse con Anita West Villalobos, de quien jamás se separaría y con quien tendría a su “primogénito” en abril de 1910, al que Reyes se refiere también en su cuento. Así describe don Alfonso a Estrella de Oriente: “Un día desapareció. Lo buscamos junto a la reja, pero la reja estaba cerrada. Tejiendo datos, llegamos a comprender que Estrella de Oriente se encontraba —casado ya— en los Estados Unidos. Que era canciller de un Consulado en algún pueblo pobre”. Phoenix, Arizona, no lo entretuvo mucho tiempo: se entera de que su padre —el coronel Martín Luis Guzmán— ha sido herido durante la naciente Revolución y regresa para escuchar sus últimas palabras. Deja la cancillería y se establece en México. El coronel muere el 29 de noviembre de 1910. Martín reingresa en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y ve llegar al poder a Madero, gracias a lo cual se sumerge en la política, que le otorgará —como él mismo afirma— un tinte definitivo a sus actividades de intelectual y escritor.

Al año siguiente ha habido algunos cambios. Expresa el futuro autor de *Ifigenia cruel* a Henríquez: “Martín Luis Guzmán prospera; pero, dice Caso, no está *hecho*, le falta altura”. Al contrario, Reyes, a sus 21 años y en el mismo seno del Ateneo, escribe “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX” (1910), que recogerá en *Cuestiones estéticas* (1911).

Martín Luis trata de llegar, sin lograrlo, a Coahuila o Sonora en mayo de 1913 para unirse a las fuerzas revolucionarias: “Esta vez fue a dar muy al norte”, escribe Reyes en “Estrella de Oriente”. Guzmán retorna a la capital. Después de pasar por Sonora y ya establecido en Sinaloa, forma parte del estado mayor del general Ramón F. Iturbe. En el norte tendrá muchos cargos y participará, con José Vasconcelos, en la Convención de Aguascalientes. Hasta agosto de 1914 estará ausente de la gran urbe. En una carta de Reyes a Guzmán, del 12 de marzo de 1914, comenta el primero: “De México solamente recibí una temblorosa línea de [Julio] Torri que decía Estrella de Oriente ha desaparecido del horizonte”, y también: “Dígame si existe, hablando en serio, si no es ud. un mito solar o, por lo menos, un mito estelar (particularmente del Oriente)”.

En el cuento, la personalidad del protagonista se va diluyendo poco a poco: de hombre *turbador* se convierte en nada, en un auténtico fracasado, en un *don nadie*: "Y Estrella de Oriente cintilaba en el rinconcito de la cocina. ¡Pobre estrella olvidada de Dios, entre las cacerolas y las sartenes! Y Estrella de Oriente se devanecía, se desvanecía. Y [...]" Que la personalidad de Martín Luis impresionó a Reyes es algo indiscutible. Casi un año antes de morir, el 12 de septiembre de 1958, el poeta recuerda a Guzmán en estos términos: "En Madrid, Martín Luis Guzmán me dijo este cuento cruel: —Una madre vela junto al cadáver de su hijo. Alguien, al pasar, tumba una lámpara que cae sobre la cabeza del cadáver, y la madre grita: '¡Cuidado, que matan a mi hijo!'", chiste de humor negro que Reyes aprovecha en "Estrella de Oriente", como una anécdota narrada por el protagonista, ayuno de libros divertidos.

¿Pero qué opinó Guzmán sobre el cuento? El 30 de septiembre de 1925, en una carta a don Alfonso, se refiere a "Estrella de Oriente" como a una "delicadísima historia con que me clavó usted tan tremenda como inmerecida puñalada". Reyes tampoco calla al respecto y contrapone al protagonista del relato con el Guzmán real:

> Por mera travesura, dejé correr entre los íntimos la especie de que la "Estrella de oriente" era más o menos una caricatura sutilizada y trascendida de cierto amigo a quien siempre he considerado con afecto y de quien el vaivén de los años nunca me ha alejado. Él, que es un varón, lo tomó a risa y fue el primero en celebrarlo. Su vida ha venido a ser la más completa negación del dulce fracaso que yo quise imaginar en mi cuento.

Las cuitas del general Bernardo Reyes

A fines de 1911 el padre de don Alfonso se rebela con su llamado "Plan de la Soledad". Fracasa y es trasladado a la prisión militar de Santiago Tlatelolco. Antes, en una carta del 6 de mayo, dirigida a Henríquez Ureña, el joven Alfonso manifiesta su tristeza por la situación de su padre: "Preferiría escribir y leer en paz y con desahogo". Un mes después, sin embargo, en otra carta —también a Henríquez Ureña—, Reyes se muestra optimista por la Revolución. En su *Historia documental de mis libros*, confesará que el presidente Madero, a través de Alberto J. Pani y por mediación de Martín Luis Guzmán, llegó a ofrecerle la libertad de su padre si prometía que él se retiraría a la vida privada. Alfonso no pudo hacerlo: dada su extrema juventud, no era su opinión la que contaba. El general sería liberado la víspera de la Decena Trágica, pero sólo para encontrarse con la muerte.

En la mañana del 9 de febrero de 1913, el general Reyes se vistió con un traje negro *sport*, se puso sus botas militares, un sombrero de fieltro gris verde y se abrigó con un capote de general español, obsequio del rey Alfonso de España. Montó su caballo *Lucero* frente al cuartel anexo a Santiago y fue rodeado por algunos militares allegados. Rodolfo Reyes apoyó la propuesta de uno de ellos: que el general se dirigiera a Palacio, en poder de elementos aliados. Pero don Bernardo no estuvo de acuerdo con esa ruta en ese preciso momento. Tal decisión le traerá la muerte.

Martín Luis Guzmán dedica el segundo capítulo de su libro *Febrero de 1913* a la figura del general. Más allá de la sensorialidad guzmaniana, de esa maestría para reconstruir visualmente el escenario de la matanza, sus juicios son polémicos:

> ¿Era un iluso el general Bernardo Reyes? ¿Era sólo un ambicioso engañado por el falso concepto de su personalidad y su capacidad? No pueden negarse las grandes cualidades que tenía, pero tampoco el hecho de que obraba, una vez y otra, con una inconsistencia política, o una ceguera, de que apenas hay ejemplo.

Tanta era el ansia de Bernardo Reyes y su hijo Rodolfo de echar por tierra al gobierno de Madero que para Guzmán este hecho cobró los rasgos de un frenesí. Partidario de Madero, don Martín no deja de considerar al general Reyes como una especie de avatar del personalismo que tanto criticó en su vida y en su obra. Ciertamente, el general Bernardo cayó en la ignominia política. Su hijo Alfonso intentará rescatarlo para la posteridad y salvar su honor perdido al representarlo como un héroe romántico, ciego ante las circunstancias. En realidad, alguien de quien sólo podía esperarse una actitud honrada y ejemplar, muere no sólo física, sino también simbólicamente: el general Reyes deja de ser un ejemplo, un paradigma para las generaciones jóvenes. Rodolfo Reyes, actor y cómplice político, recuerda a su padre como alguien sin cuyo soporte no hubiese tenido una vida pública: "mi vida política fue accesoria de la de mi padre", afirma. Después de la muerte de don Bernardo, Rodolfo se incorpora al gabinete del traidor Victoriano Huerta, como ministro de Justicia, del 19 de febrero al 11 de septiembre de 1913. Su hermano Alfonso se recibe de abogado el 16 de julio, con la tesis *Teoría de la sanción*. A diferencia de Rodolfo, el futuro autor de *Ifigenia cruel* rechaza un puesto de secretario en el gobierno del usurpador, pero acepta, sin embargo, uno que lo hizo huir del país. A don Alfonso, pues, sólo le quedaba aprovechar las circunstancias para escapar, lo que posteriormente hará también Rodolfo. La actitud de Alfonso —que contaba con 24 años de edad— nos recuerda a la *Epístola moral*, en cuyos primeros versos hay un desencanto por la "corte", por la vida palaciega en pro de la libertad interior:

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más astuto nacen canas.

El que no las limare o las rompiere,
ni el nombre de varón ha merecido,
ni subir al honor que pretendiere.

El ansia de *limar*, aunque —por la misma imposibilidad surgida de las circunstancias— no romper del todo lo que podría *esperar* de la corte ("las esperanzas cortesanas"), hicieron a Reyes, antes que colaborar directamente en la "corte" de Victoriano Huerta, escapar a otro continente sin renunciar ni a su país —como servidor distante—, ni a su nacionalidad. En la misma *Epístola* a Fabio, de Fernández de Andrada, leemos:

que el corazón entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente
antes que la rodilla al poderoso.

Más coronas, más triunfos dio al prudente
que supo retirarse, la fortuna,
que al que esperó obstinada y locamente.

Como el ruiseñor de la *Epístola*, Alfonso Reyes supo retirarse o, mejor dicho, tomar distancia sin salir de su mundo propio:

Más quiere el ruiseñor su pobre nido
de plumas y leves pajas, más sus quejas
en el monte repuesto y escondido

que agradar lisonjero las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

Fue entonces nombrado secretario de la legación en París. No quiso esperar "obstinada y locamente", y consintió en volar hacia un nido lejano, pero propio: salir de México el 10 de agosto, con Manuela Mota, su compañera de toda la vida, con quien se había casado en 1912. Don Alfonso trabajaría en París para el gobierno de Huerta hasta 1914. El usurpador es derrocado en julio de ese año. Poco después, Alfonso reencuentra a su hermano Rodolfo en la capital francesa. En el tercer volumen de sus memorias, tituladas *De mi vida*, el hermno mayor escribe que Alfonso

> me esperaba acogedor y cariñoso, con ese afecto que nos ha unido en el que se mezclan de mi parte una semi-paternidad ejercitada para ayudarlo a formarse en su primera juventud, con una fraternidad que no es sólo de sangre, sino también de afinidades en lo hondo de nuestra espiritualidad y de nuestra ética, así se hayan diferenciado nuestras vidas en algunos de sus rumbos; y por su parte he sido correspondido con un cariño a la par respetuoso de mis actitudes que eminentemente comprensivo de mis propios deberes y adicto dentro de límites, que sólo me ha tocado determinar a mí mismo.

Desde su salida de México, don Alfonso mantendrá correspondencia con un sinnúmero de personas.[4] De 1914 a 1924 permanecería en Madrid, ciudad a la que Rodolfo se traslada en 1916.

La tormenta y el exilio

Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes representan dos actitudes, dos obsesiones frente a la vida. Si la Revolución o el conjunto de revoluciones armadas que se desarrollaron a partir de 1910 fue decisiva para la creación literaria y ensayística de Guzmán, no puede decirse lo mismo de Reyes, quien naturalmente escribe en muchas ocasiones sobre la Revolución y sobre la muerte de su padre, pero que no consagró de ninguna manera su *identidad literaria* a la Revolución o a la cuestión política. En cambio Guzmán, pese a ciertas obras ajenas a estos temas, hace descansar lo mejor de su producción en el conflicto armado y la lucha posrevolucionaria por el poder, así como en la reflexión de las actualidades políticas mexicanas, que hoy son historia. Reyes, tras el deceso de su padre, sintió un ansia de evadirse tanto del interés explícito por las cuestiones políticas como de la Revolución; una voluntad de *perder la memoria* de esa realidad trágica y desgarradora para así renacer —como la Ifigenia de su poema dramático— en otro estado que, no obstante, ya se había impuesto desde sus años en la Preparatoria y en el Ateneo. Tal parece que Reyes siguió el consejo de la *Epístola moral*:

> El oro, la maldad, la tiranía
> del inicuo, precede y pasa al bueno:
> ¿Qué espera la virtud o qué confía?

[4] La primera carta que se conserva de la correspondencia Guzmán-Reyes es de Guzmán y data del 4 de mayo de 1913. Véase Guzmán / Reyes: *Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*. Ed., pról., notas y apéndice documental de Fernando Curiel. México, UNAM, 1991.

Vente, y reposa en el materno seno
de la antigua Romúlea, cuyo clima
te será más humano y más sereno.

Y Reyes reposa en el materno seno de la cultura helénica, de donde beberá incansablemente sin rozar la ambición. Pero: ¿por qué no existió esa necesidad de evadirse en Guzmán, cuyo padre había muerto también a consecuencia de la Revolución? Temperamentos, sensibilidades e intereses distintos motivaron a estos servidores de la palabra. Lo cierto es que el efecto de las tragedias será distinto en cada quien. Reyes escapa; Guzmán, regresa. Desde niño, Reyes supo enfrentarse con la idea de perder a su padre, pero lo trágico no fue su muerte en sí —el recuerdo permanece mientras haya ausencia—, sino la forma en que murió. No se trató de un desenlace biológico —eso se acepta y ya—, sino de un accidente que le dio a su muerte un "aire de grosería cosmogónica". Acaso en defensa propia, Reyes quiso ignorarlo todo, huir incluso de los que se decían testigos presenciales de la muerte del general, como lo aclara en su emotiva *Oración del 9 de febrero*. Acaso el joven Alfonso, una vez más, tuvo en cuenta la *Epístola moral*, de la que se apropió desde su juventud y que tanta compañía le haría el resto de su vida:

Esta invasión terrible e importuna
de contrarios sucesos nos espera
desde el primer sollozo de la cuna

Dejémosla pasar como a la fiera
corriente del gran Betis, cuando airado
dilata hasta los montes la ribera.

Guzmán, en cambio, nada ignora ni deja pasar en cuestiones políticas. Si fue canciller en Phoenix, después de la muerte del coronel Guzmán se acentuará cada vez más su participación política. Tras la renuncia y el asesinato de Madero, en febrero de 1913, Guzmán se compromete con la Revolución constitucionalista y en contra del usurpador Huerta. Cuando Venustiano Carranza no reconoce la Convención de Aguascalientes, don Martín opta por Francisco Villa, quien lo envía como agente a la capital. Carranza lo pone en la penitenciaría, pero es liberado gracias a la Convención, donde llega a ejercer un cargo de secretario. Finalmente se exilia.

En 1915 llega a Madrid, donde comparte el mismo edificio con dos viejos amigos: Alfonso Reyes y Jesús T. Acevedo. Cuenta Reyes que para Ramón Gómez de la Serna la conversación de los mexicanos recién llegados a Madrid (entre ellos, Guzmán), era muy "precisa": "Acaso esta precisión sea el

premio de cierta tendencia a callar que está en la raíz de lo mexicano", dice Reyes. En su libro *Pombo* —sobre las célebres tertulias de ese café—, el autor de las greguerías dibuja a un Reyes con sonrisa plácida y madura, poseedor del "secreto de las atmósferas, que es superior al secreto de los estilos y que es algo que da una sutileza inimitable. Siempre parece que su mano, al accionar, dibuja, con el dedo índice y el gordo, el anillo de Salomón, el anillo de la serenidad y de la persuasión"; Reyes —continúa Gómez de la Serna— "mira las cosas, y las penetra como si una de sus pestañas fuese muy larga y muy aguda y atravesase el corazón de cada cosa". El cuadro que el eminente escritor español nos presenta de Guzmán no es menos poético e intenso:

> Guzmán es el otro mexicano, vibrante y de positivo valor personal. Todas sus ideas tienen la testarudez de su quijada, y se apoyan sobre ella, una quijada de revolucionario, una quijada sin prognatismo, una quijada recia, larga, sostenida, rectangular, una quijada que él ha apoyado sobre el fusil, haciendo por eso la más segura puntería en las horas de refriega, que él ha apoyado sobre la palma de la mano en la hora en que ha aprendido la configuración de una cosa o de un tipo, y que ha apoyado sobre sus brazos cruzados y apoyados en la baranda de los miradores que se abren sobre los panoramas de las ciudades.

Manos, pestañas y quijadas, pero sobre todo las mentes de Guzmán y Reyes trabajan ahora en el Centro de Estudios Históricos de la capital española, aunque la estancia de Guzmán allí fue breve, seguramente por su mismo temperamento de hombre de acción y no de hombre de bibliotecas. Producto de las investigaciones en el Centro son las *Cuestiones gongorinas* (1927), de Reyes, que prolongan y profundizan un ensayo escrito en la época del Ateneo: "Sobre la estética de Góngora" (1910), recogido en *Cuestiones estéticas*. En 1958 aparecerá el volumen VII de las *Obras completas* de Reyes, en cuya "nota editorial" agradece a sus amigos Enrique Díez-Canedo y Martín Luis Guzmán el permiso para publicar ahí las "Contribuciones a la bibliografía de Góngora", que juntos habían elaborado en Madrid. Es, de hecho, a sus dos amigos a quienes —confiesa Reyes— "se debe lo principal del trabajo". Guzmán, por ejemplo, descubrió algunos sonetos atribuidos a Góngora.

La estancia madrileña fue fructífera en todos los sentidos. En las tertulias del Café Regina, Guzmán conoce a Manuel Azaña. También colabora en el *Boletín* de la Agencia Informativa del Gobierno Mexicano y publica su primer libro: *La querella de México*. El exilio le ha otorgado una visión quizá más objetiva y precisa de su país. En una carta del 27 de diciembre de 1958, dirigida a Emmanuel Carballo, Reyes revela que el prólogo a *La querella...* fue escrito por él, a petición de Guzmán, aunque firmado por éste: "coquetería de Guzmán", afirma. En su *Historia documental de mis libros* evoca el tiempo

en que Guzmán se avecindó a la calle de Torrijos con su familia: "Entonces escribió su librito *La querella de México*. Cuando podíamos, Acevedo, Guzmán y yo nos íbamos valientemente a los Toros. Cuando no podíamos, divertíamos a las familias con parodias de óperas italianas o con 'cuadros plásticos', inspirados en las colecciones de El Prado". En otro texto, "Notas sobre Jesús Acevedo", Reyes también recuerda la estancia madrileña, sobre todo esos domingos en que no había para diversiones y entretenían a las familias representando cuadros del Prado, por ejemplo, el del conde-duque, de Velázquez. Acevedo —recuerda Reyes— "hacía de caballo bravo, con fuego en los redondos ojos; yo hacía de jinete, y el otro vecino —Martín Luis Guzmán— se ingeniaba yo no sé cómo para hacer de fondo del paisaje". Entre los tres inventaban bailes, charadas, escenas; representaban una opereta italiana reducida a síntesis. Don Alfonso escribía "para matar el tiempo" luego de sus paseos o visitas a los museos.

Muchos años después, en 1956, al escribir sobre la teoría de la información (en *Las burlas veras*), Reyes narra otro recuerdo madrileño en que interviene Guzmán. Primero alude a las adulteraciones con respecto al dato primitivo de un mensaje, ocasionadas por la subjetividad de quien recoge el dato. Ejemplifica esto con un niño que dibuja a su padre acompañado de sus dos hijos, "pero aunque dibuja a su hermanito de talla menor —escribe Reyes—, él se dibuja a sí propio de la misma talla que su padre, porque *cree* que ésa es su estatura". Entonces evoca: "¿Se acuerda usted, Martín Luis Guzmán, de que así lo hizo en Madrid, hace muchos años, un hijo suyo?"

Guzmán y Reyes se aventuraban por las tiendas para proponer los dibujos y las acuarelas de Jesús T. Acevedo porque él no se atrevía. Nunca lograron vender nada, no porque las obras fueran malas, sino todo lo contrario, porque estaban hechas bajo la óptica del arquitecto y porque —advierte Reyes— "el imbécil del comerciante hubiera preferido manolas con abanicos y mantillas, rejas de claveles, etc." Pero no todo fue diversión. La situación en la casa de Torrijos llegó a ser dura. Una vez don Alfonso compró, en oferta, un saco de papas para asegurar la comida de su familia, a la que puso a régimen de papas; sin embargo, éstas se echaron a perder.

Entre las obras perdidas de esa época, el autor de *Visión de Anáhuac* cita *Cartapacio de Torrijos*, donde Martín Luis, Acevedo y él coleccionaban cuentos de loros y otras curiosidades del folclor mexicano.

"Fósforo"

Por aquellos años, Guzmán y Reyes —bajo el seudónimo de "Fósforo", que utilizaban indistintamente— se divertían escribiendo notas sobre cine que pu-

blicaban en el semanario *España*, fundado por José Ortega y Gasset. Los había precedido Federico de Onís, con cuatro artículos firmados por "El espectador". La sección de "Fósforo" se titulaba "Frente a la pantalla" y, según Reyes, inauguró prácticamente la crítica del género en lengua española.

La simbiosis Guzmán-Reyes en "Fósforo" llegó a traspasar los límites de la identidad. Tiempo después, en una de sus críticas de cine, "El féretro de cristal", Reyes coloca esta nota a pie (de 1921): "Al copiar esta página, tengo la sospecha de que, hasta aquí, es mi amigo Guzmán quien habla del 'Féretro'. Lo descubro en cierta complacencia, cierta sorpresa que me producen las frases, y que no suelo experimentar habitualmente cuando copio mis propias palabras".

En esos textos, don Martín llamó la atención sobre Charles Chaplin, a quien compara con Arlequín y Pierrot, personajes de la Comedia del Arte renacentista, y que Reyes compara con Mario Moreno *Cantinflas*, derivación nacional del tipo y figura, por cierto, de la que también Guzmán hablará en *Academia*: "A lo que Cervantes llamaba 'el toque' —dice Guzmán— *Cantinflas* lo llama 'el detalle',[5] y de castellano a castellano allí se van".

Martín Luis Guzmán reunió sus notas sobre cine en *A orillas del Hudson* (Botas, 1920). Cuando salió de Madrid no se ocupó más de este arte, mientras que Reyes continuó por un tiempo —según sus propias palabras— "amarrado al banco", frase con la que seguramente alude al poema (de 1583) de Luis de Góngora y Argote:

> Amarrado al duro banco
> De una galera turquesca,
> Ambas manos en el remo
> Y ambos ojos en la tierra [...]

En junio de 1916, Alfonso Reyes se convirtió en el único poseedor del seudónimo "Fósforo". Fue en ese mes cuando, gracias a Ortega, llevó su crónica sobre cine a *El Imparcial*.

Poco después llegan noticias de un antiguo compañero del Ateneo: José Vasconcelos, quien el 5 de julio había escrito a Guzmán que quizá en una semana leería una conferencia en Lima, Perú, "citándolos a todos ustedes"; es decir, a sus compañeros de generación. Y aunque tardó más de una semana, así lo hizo. En la parte final de su conferencia "El movimiento intelectual contemporáneo de México", leída en la Universidad de San Marcos (Lima) el 26 de julio, el filósofo se refiere a sus compañeros del Ateneo de la Juventud:

[5] Por la película *Ahí está el detalle* (1940), de Juan Bustillo Oro, protagonizada por *Cantinflas*.

> Comenzaré citando a Alfonso Reyes; Euforión le llamábamos hace algunos años, porque como el hijo de Fausto y la Belleza clásica, era apto y enérgico en todo noble ejercicio del alma. Su adivinación de nuevos senderos de la estética, su intensa labor literaria, su dedicación exclusiva al ideal, podréis apreciarlos en libros, opiniones y artículos que no dejaré de citar a menudo si logro la dicha de hablar largo con vosotros".

A Guzmán lo califica como "un espíritu claro y vigoroso que pronto habrá de definirse con inconfundible relieve. Divide su actividad entre el ensayo político y la crítica de los pintores".

Vasconcelos no se equivocó en ninguno de los juicios. El espíritu fáustico de Reyes nunca cesará, por más adversidades y obstáculos que se le presenten. Reyes nació en una "biblioteca de Babel" —para evocar a Borges— y morirá allí mismo. Guzmán, en cambio, menos "libresco" y erudito —por lo menos en sus obras mayores— es un hombre de experiencias intensamente vividas: fue uno de los ateneístas —junto con el mismo Vasconcelos— que estuvieron casi en el centro del huracán revolucionario.

Unos meses después de la aparición de *La querella de México*, la familia Guzmán se va a Nueva York. Martín Luis sale con la representación comercial del semanario *España,* que luego abandonaría. Realiza muchas actividades —literarias y no literarias—, desde vendedor hasta director de *El Gráfico*. Pedro Henríquez Ureña llega también a Nueva York y es recibido por Guzmán.[6] Alfonso Reyes, en diciembre de 1916 y siempre atento a lo que ocurre en México, saca a luz un artículo titulado "Literatura mexicana", breve recuento de los libros recientemente publicados en nuestro país. Allí sostiene que si bien es la hora de los guerrilleros y de los políticos, éstos sólo pueden aportar soluciones provisionales: "Sólo la obra de la cultura —prosigue Reyes—, construyendo lentamente un ideal nacional y descubriendo los caracteres propios de una tradición, puede lograr el bien definitivo de un pueblo. Y, por ventura, esta obra continúa". En enero de 1917 hará un nuevo y más extenso recuento, en su ensayo "La literatura mexicana bajo la Revolución".

Después de 1916

Fue en la *Revista Universal*, de Nueva York, donde Guzmán, en 1917 e influido por la ciencia ficción, publica su único cuento en sentido estricto: "Cómo acabó la guerra en 1917". En esa misma revista don Alfonso reprodu-

[6] Cabe señalar que a fines de agosto de ese año el padre de Pedro y Max Henríquez Ureña (Francisco Henríquez y Carvajal) es elegido presidente de la República Dominicana.

ce un texto que había ya publicado en *España*: "Trozos selectos: para la historia de la opinión pública". Asimismo, Guzmán completa su siguiente libro de ensayos, que había iniciado en Madrid: *A orillas del Hudson* (1920), donde hay un texto sobre Alfonso Reyes y el Ateneo de la Juventud. Su amigo, aún en España, completa sus *Cartones de Madrid* y una de sus obras maestras: *Visión de Anáhuac*, donde concilia al ensayista erudito con el artista. Lejos de México, su autor elabora una visión profunda de lo que significa su patria.

El primer exilio político de Guzmán concluye en 1918. De 1919 a 1921 escribe los editoriales de *El heraldo de México*,[7] donde, entre otros temas, trata de la necesidad de crear un partido revolucionario. También funge como secretario particular del ex ateneísta Alberto J. Pani, a la cabeza de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y participa en el Comité Ejecutivo para planear y coordinar los detalles de la celebración —en septiembre de 1921— de la consumación de la Independencia, festividad organizada para todas las clases sociales (a diferencia de la de 1910) con el objeto de procurar una atención favorable por parte del extranjero, así como fomentar el nacionalismo en un país marcado por la crisis económica,[8] con un gobierno —el de Álvaro Obregón— que requería el reconocimiento de Estados Unidos, reconocimiento que, por cierto, no llegaría sino hasta 1923. En el marco de las celebraciones de 1921, José Vasconcelos, rector de la Universidad, convoca al Primer Congreso Internacional de Estudiantes, al que asisten, entre otros, Ramón del Valle-Inclán (invitado por Obregón) y el entonces estudiante de la Universidad de San Carlos de Guatemala, el joven Miguel Ángel Asturias, futuro premio Nobel de literatura.

A fines de 1924 México se encuentra en ebullición política. Estalla la rebelión delahuertista y Martín Luis entra en franca oposición con Obregón, quien había elegido a Calles como sucesor. Alberto Pani, ahora secretario de Hacienda, le dice a su amigo Guzmán que si no cambia su actitud política, el gobierno lo matará. Pero Guzmán se rehusa a callar y prefiere exiliarse. Arregla con Pani su salida del país y alquila al gobierno su vespertino *El mundo*. En 1924 viaja a Estados Unidos y luego, una vez más, a España (1925-1936). Vive un tiempo en París, desde donde envía textos a México y a Texas. Publica en Madrid, en San Antonio, en Los Ángeles y en México artículos que luego reunirá bajo el título de *Crónicas de mi destierro*. Su narrativa prospera. En México se ha redescubierto *Los de abajo* (1915), de Mariano Azuela, y se

[7] *El heraldo de México* (1919-1923). No confundirlo con el diario del mismo nombre, nacido en 1965.

[8] *Cf*. Elaine C. Lacy, "Obregón y el centenario de la consumación de la Independencia", en *Boletín*, núm. 35. Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca/SEP. México, sept.-dic., 2000, pp. 1-15.

ha puesto de moda escribir novelas de la Revolución. Como Guzmán observó de cerca parte de la contienda, se preocupa por plasmar su imagen y a partir de 1926 empiezan a aparecer sus memorias de la Revolución en los periódicos de ultramar, memorias que, con variantes, publicaría en 1928 con el título de *El águila y la serpiente*. Alfonso Reyes, al escribir, en *El deslinde*, sobre el grupo novelístico que es "un hacer historia o crear documentos para la futura historia", coloca ahí a Guzmán y a Azuela. Se refiere justamente a *El águila y la serpiente* como a un género híbrido, una zona indecisa, que mezcla "los medios históricos con los recursos de lo imaginado o lo literariamente interpretado". En otro lugar, Reyes declara que la prosa literaria más importante inspirada por la Revolución mexicana es *El águila y la serpiente*.

Tras la publicación de este libro, Guzmán se entera de que Obregón se reelegirá y del asesinato, en octubre de 1927, de un candidato de la oposición, el general Francisco Serrano. Abandona el proyecto de escribir una trilogía sobre la Revolución hecha gobierno y se concentra en lo que iba a ser su segunda parte. Envía los capítulos sobre este crimen a México, a San Antonio y a Los Ángeles: así nace *La sombra del Caudillo*, obra que aparecerá en forma de libro, con variantes, en 1929, y cuya difusión terminará por aceptar Calles, aunque reticente y reacio, a instancias de Genaro Estrada y a condición de que su autor ya no publique sobre temas posteriores a 1910.

La ideología liberal, demócrata, reformista de Guzmán se hace de nuevo patente. Los lazos de amistad y confianza entre Manuel Azaña y su secretario privado —Martín Luis Guzmán— se acentúan cuando este último apoya y protege al primero. Azaña fue jefe del gobierno español de 1931 a 1933. La influencia de Guzmán en él llegó a causar la envidia de ciertos republicanos, a pesar de que el mexicano había adquirido la nacionalidad española. Además, su participación en la prensa republicana fue importante. Entre otras cosas, fue redactor del diario *El Debate* y gerente de los periódicos *El Sol* y *La Voz,* fundados por Ortega. Colaboró con un texto sobre Javier Mina en la *Revista de Occidente.* Tras la salida de Azaña, permaneció un breve tiempo en la península. Decidió escribir al presidente Lázaro Cárdenas para pedirle garantías con el fin de regresar a México. El mandatario, a través de su secretario de Comunicaciones, le respondió afirmativamente. En España, la biblioteca y los archivos de Guzmán fueron dispersados o destruidos.

Mientras tanto, Reyes funge como embajador y se comunica con el mundo intelectual a través de su "correo literario", la revista *Monterrey* (1930-1937). Sobre esta empresa, vale la pena citar las siguientes palabras escritas en Munich por el crítico Karl Vossler:

> Algunas personalidades singularmente enérgicas tienen el poder de crearse a sí mismas el recinto espiritual en que encuentran eco. Así el brillante crítico e histo-

> riador de la literatura Alfonso Reyes, embajador mexicano [...] edita un boletín personal al que ha puesto como título el nombre de su ciudad natal, Monterrey, boletín que él mismo distribuye y en el que publica valiosos estudios. "Es una bonita manera de decir —me explicaba—, eso de que pueda uno vivir a solas en la pura contemplación de la verdad. Lo que es yo, necesito el roce con otras cabezas. Para eso me sirve este boletín".

En su décimo número (marzo de 1933), al referirse a la vida y obra de fray Servando Teresa de Mier, Reyes también se refiere a una monografía de la investigadora Lota M. Spell, y piensa en su antiguo amigo: "Sin duda la tendrá en cuenta Martín Luis Guzmán para su continuación de la *Vida* de Mina el Mozo —cuando llegue a ella—, el que fue conquistado por Mier a la causa de la independencia americana".

Ésta es la época en que *La sombra del caudillo* empieza a hacer ruido en el medio literario y político. Unos años después de que Alfonso Reyes coqueteara con el callismo, Guzmán se lo reprocha en la dedicatoria del ejemplar que le envía: "Para mi querido Alfonso Reyes, cuyo nombre —de claros destellos— no merece figurar en el escalafón del bandidaje político que encabeza el traidor y asesino Plutarco Elías Calles". El 17 de mayo de 1930, en la carta en que Reyes transcribe dicha dedicatoria, justifica —o más bien explica— su desinterés por las cuestiones políticas: "A mí no es fácil hacerme hablar de política. Es algo que no entiendo muy bien. Muy tierno, tuve, en ese sentido, sacudidas y vuelcos de alma que me han dejado mutilado"; sacudidas y vuelcos —la muerte trágica de la figura paterna y la naciente Revolución— que también tuvo, como hemos visto, el autor de *La sombra del caudillo*. Ciertamente, la obra de Reyes, a pesar de su gran erudición, está llena de silencios deliberados en torno a la política mexicana de actualidad (o "politiquería a la mexicana", para emplear una expresión de Guzmán). Lo importante es que Reyes utilizará siempre la palabra para defender su actitud ante la vida y ante el arte.

Diecinueve años después de la citada carta, el oaxaqueño José Vasconcelos lanzará algunos "zarpazos" a Reyes, asegurando que prefiere la obra de Guzmán "porque Martín Luis dice más cosas" y "se compromete", a lo que don Alfonso contesta que en realidad Vasconcelos quiso decir que Guzmán "trata de más asuntos referentes a las actualidades políticas mexicanas, asuntos que de preferencia le interesan a José [...] Yo me comprometo con lo mío, con lo que me incumbe y, como alguna vez lo he escrito, preferiría no morir de guerra ajena, de bala perdida". Sin embargo, consciente de la importancia histórica y literaria de la obra de Guzmán, Reyes califica sus relatos y memorias como "un punto de partida, una base para la historia de los últimos lustros", a pesar de que no haya dedicado un solo texto completo a la obra de don Martín Luis.

En México

A diferencia de Reyes, quien nunca estuvo realmente en la oposición política, sino en la "contemplación de la verdad", Guzmán, después de varias décadas en franca oposición, cuando la Guerra civil española se asomaba con furia, retorna a su país y pacta con el gobierno cardenista, en 1936. Recupera entonces su nacionalidad mexicana. Tres años después, en 1939, regresa Alfonso Reyes, que, al contrario, jamás renunció a su nacionalidad. El 12 de marzo de ese año se firma el acuerdo que designa al autor de *Pasado inmediato,* presidente del patronato de La Casa de España en México, cargo que seguiría desempeñando en 1940 —cuando La Casa se transforma en El Colegio de México— y hasta su muerte. Reyes y Guzmán, que experimentaron el exilio en España, son ahora promotores del exilio español en nuestro país.

Pero las inquietudes de Guzmán no terminan allí. Inicia una novela monumental: *Memorias de Pancho Villa*; en 1939 funda —con el español Rafael Giménez Siles— la empresa Ediapsa, que al año siguiente abre la primera Librería de Cristal y, más tarde, Empresas Editoriales y Compañía General de Ediciones; funda —con una visión oficialista— el semanario *Tiempo* en 1942 y, naturalmente, se opone a todo lo que atente contra las Leyes de Reforma. En efecto, a raíz del aniversario de la coronación de la virgen de Guadalupe, en octubre de 1945 —al año siguiente de que Alfonso Reyes sufriera su primer infarto—, Guzmán, impulsado por la voz del liberalismo, publica en *Tiempo* el artículo "Semana de idolatría". Su casa es apedreada por fanáticos guadalupanos. El credo político de don Martín llega a su máxima expresión cuando, a causa de los conflictos con los fanáticos, exhorta a los liberales a organizarse como grupo político y dar forma al Partido Nacional Liberal Mexicano, aunque no persiste en su establecimiento, ya que eso le hubiera restado fuerza y unidad al partido de la Revolución.

Casi una década después de este episodio, en 1954, muere el hermano mayor de don Alfonso Reyes y compañero del general Bernardo: Rodolfo Reyes. En un texto poco conocido de 1947, José Vasconcelos se expresaba así de él:

> Era en las postrimerías del porfirismo uno de los jóvenes más brillantes de su generación; la generación inmediatamente anterior a la nuestra del Ateneo. Poseía lo que más envidiaba por entonces un joven de mi temperamento tan torpe para la expresión hablada: era un efusivo vibrante, brillante orador [...] sin renegar de su país, sin dejar de recordarlo y amarlo, [Rodolfo] Reyes se dedicó a la difícil tarea de crearse una vida nueva y como si dijéramos, otro nuevo destino [...] aquel favorito de los dioses, enamorado de la fama y del poder, se encerró en su estudio, se olvidó de la fama y se puso a laborar con sencillez.

El hermano menor lo recordará en junio de 1954, con un poema, "Octava en su muerte", donde lo dibuja luchando con la sombra, como un hombre a quien la suerte abandonó y cuya ceguera lo hizo ir en pos de su propio reflejo "como el que se perdió por el espejo".

Años después, en 1959, Guzmán crea el Libro de Texto Gratuito para primaria, "los libros más humildes —declara—, pero a la vez más simbólicos, que una nación adulta puede ofrecer a toda su niñez". Dirigirá la Comisión encargada de la difusión de estos libros hasta su muerte, en 1976.

Y es en 1959, justamente, el año en que mueren dos grandes ex ateneístas: Vasconcelos y Reyes. Ambos, de manera distinta, actualizan su admiración por la obra de su antiguo compañero: "Leer a Martín Luis Guzmán —confiesa Reyes en uno de sus últimos textos— es para mí un deleite; más que eso, un alivio. Su obra se inspira en los ideales artísticos que juntos creamos y cultivamos desde la primera juventud". Por otra parte, Reyes llega a aludir, con ironía, a la moda de hablar de los "Tres Compadres" (Vasconcelos, Guzmán y él), sobre todo cuando el autor del *Ulises criollo* —sin conocer, desde hacía mucho tiempo, la obra de Reyes— había declarado que éste no era escritor de ideas, mientras que Guzmán sí, cosa que evidentemente molestó a Reyes.

Poco antes de morir, el 22 de diciembre, el poeta y erudito escribe sobre otro de sus compañeros del Ateneo: Genaro Fernández MacGregor, muerto también en 1959, y cuya "viril elegancia" está "como inspirada en la *Epístola moral*", y cuya voz era "algo más acre que la de Martín Luis Guzmán, pero también de metálica articulación". El recuerdo de la juventud, lleno de la *Epístola moral*, así como del Ateneo, acompañan al poeta en muchas de sus evocaciones.

Epílogo

Antes de concluir, cabe preguntarse si hubo verdadera amistad entre Guzmán y Reyes. Si bien el carácter profundo de esta relación se nos escapa, es indiscutible que la amistad de ambos se dio por épocas. Nunca estuvo marcada por la constancia, sino por la intermitencia, por la discontinuidad. Es notoria —a través de las diversas correspondencias— la profunda distancia entre esta supuesta amistad y la de Reyes con otros compañeros de generación, por ejemplo, con Julio Torri o con Pedro Henríquez Ureña. El mismo ímpetu de comunicación por parte de Reyes, quien poseía una necesidad más intensa de abrirse hacia los otros a través de las cartas, constituye un claro síntoma de constancia; Guzmán, en comparación con Reyes, escribió pocas cartas: su carácter fue siempre más individualista y reservado. Quizá mucho tenga que

ver su cercanía con la política. En una ocasión, Reyes le pidió su opinión a Pedro Henríquez sobre si debía o no enviarle a Guzmán su confesión política. El dominicano, desde Buenos Aires, le contestó el 29 de marzo de 1930: "Tú la das como íntima y secreta, pero Martín —político enviciado— no conoce la intimidad ni el secreto, ni siquiera la amistad". El dominicano le pide a Reyes que piense en esas personas en quienes predomina el hombre público sobre el privado, "y sabrás si son capaces de guardar secretos ni de anteponer la amistad a la política". Guzmán mismo, en *La sombra del caudillo*, manifiesta con claridad la diferencia entre la amistad y la política: Ignacio Aguirre —el protagonista de dicha novela— es traicionado y asesinado porque *creyó* ciegamente en la amistad.

Como quiera que sea, lo fundamental, a mi juicio, es que el escritor calla para que hable su obra, y al mismo tiempo —paradójicamente— nunca calla, porque la obra de todo escritor está en la palabra: en ella refleja su mundo —*el* mundo— y se refleja a sí mismo. Sostiene Plutarco que no es en las acciones más ruidosas donde se manifiesta la virtud o el vicio. A veces los silencios son los que demuestran el carácter y la personalidad de un hombre. Guzmán, en este sentido, siempre fue más renuente y discreto para hablar de sí mismo: poco se conoce sobre su vida privada. Sin embargo él, al igual que Reyes, nunca calló. Cada uno expresó lo que tenía que expresar. Desde sus primeros hasta sus últimos pasos —siempre polifacéticos, a la vez proteicos y conscientes de un ideal— nunca callaron como hombres inmersos en su tiempo y sociedad.

A lo largo de su vida, una buena parte de las palabras de Reyes han "reencarnado" bajo diversas formas —en términos generales, su obra es un sistema de vasos comunicantes en que los temas *persiguen* a su autor, de tal modo que hay muchos textos sobre el mismo asunto—; Guzmán, en cambio, reescribe un solo texto: su obra es más breve. En otras palabras, los libros de Reyes y Guzmán proponen —cada uno de ellos— una lectura diversa porque la forma en que fueron concebidos, si es cierto que acusa una semejante voluntad de perfección y un ímpetu por expresarse, resulta ser esencialmente distinta.

La universalidad del pensamiento de Reyes, su eterna e implacable curiosidad que lo hizo mantener un diálogo constante con el mundo; el empuje, la voluntad de entregar la vida a una obra y de armonizar la vida con la obra son elementos suficientes para calificarlo como el hombre-libro de la cultura mexicana. En Reyes es notorio el esfuerzo por consignar el total de sus experiencias con la lectura y la vida. Es un poeta en el sentido más amplio, mientras que Guzmán, como novelista, transcribe y poetiza la realidad con todo su dualismo, con toda su mezcla de claridad y tinieblas; nunca se conformó con la simple denuncia: jugó con elementos históricos y reales para producir una obra de arte que toca problemas universales y cuyas dimensio-

nes y visión trágica han trascendido el realismo tradicional para bombardear nuestros sentidos y despertar sensaciones con imágenes y situaciones palpitantes que se estrechan con el símbolo y el mito. En Guzmán, las intrigas, el pensamiento político y la preocupación por lo mexicano hacen que sus textos adquieran múltiples niveles y sus lecturas vayan más allá de su época y lugar para casarse con esencias universales del hombre, esencias que, desde la poesía, el cuento, el ensayo, la teoría y la erudición toca también Alfonso Reyes, quien jamás renunció a la máxima de la *Epístola moral*: "Iguala con la vida el pensamiento, / y no le pasarás de hoy a mañana, / ni aun quizá de un momento a otro momento".